

Domingo 7º del Tiempo Ordinario. Ciclo B.

“¡Acercarnos con fe a la misericordia de Dios!”

Se nos invita a repensar nuestra vida cristiana desde la misericordia y el perdón, teniendo claro que es el Señor, nuestro Dios, el único que nos puede sanar de verdad, el único que nos abre a la conversión sincera, al arrepentimiento y al perdón, el único que perdona nuestros pecados y destruye sus consecuencias como el dolor y la enfermedad. Sólo Dios puede perdonar los pecados y devolver la salud espiritual y corporal a quienes se lo suplican, adelantándose incluso con su buena voluntad a la del hombre. Así Jesús concedió al paralítico más de lo que le pedía, e hizo de su curación un signo de la salvación integral que traía al mundo como Hijo del Hombre, título del Mesías esperado para el final de los tiempos por Israel. *Termina de este modo la serie de milagros con los que, a modo de catequesis bautismal sobre la salvación, comienza el Evangelio de Marcos.*

Dios es quien toma la iniciativa de perdonarnos y, a pesar de nuestro inmerecimiento, no lleva cuenta de nuestras culpas (1ª lectura del profeta Isaías). Él siempre cumple sus promesas y no desatiende la fe y la súplica de los que van a su encuentro en busca de esperanza y misericordia. *Ciertamente el Señor está dispuesto a perdonarnos, a iniciar un nuevo camino con nosotros, pero para ello es necesario ponerse en camino. Un camino de profunda fe en su misericordia, para poder acercarnos a él con humildad y pedirle que nos libere del pecado, que sane nuestras heridas y sufrimientos.* Quizá deberíamos hacer lo posible por salvar los obstáculos y las barreras que nos impiden llegar a Cristo (como nos muestra la página evangélica de hoy), para que cure, sane y perdone nuestras resistencias del corazón. Necesitamos ponernos en camino, acudir a su auxilio, reconocer nuestras miserias y abrir nuestro corazón a su gracia.

Las dificultades de la vida, las situaciones dolorosas e incluso las enfermedades han de ser un motivo más apremiante si cabe, para acercarnos con más fe al Señor, sabiendo que él sufre con nosotros, pidiéndole que nos conforte y alivie, ya que siempre tiene misericordia de los que lo imploran con fe.

Desde el mismo día de su nacimiento, Jesús, nos trajo en su desnudez y en su fragilidad el auténtico rostro de Dios: el amor. Sólo unos pocos, no lo olvidemos, fueron capaces de captar aquella forma tan sorprendente de hacerse presente Dios en la tierra, en medio de los hombres.

Y, hoy, de nuevo, el evangelio que escuchamos, deja “KO” a todos aquellos que pretenden apropiárselo. A nosotros, tal vez, no nos pueda parecer extraño el evangelio de este domingo (el hecho de que Jesús comparta –especialmente su Reino- con los más pobres) pero en aquellos tiempos escandalizaba que dejase tan fácilmente, una puerta abierta, a los pecadores e impuros o que interpelase con tanta fuerza la falta de honradez y de verdad de los que se las daban de buenos.

Hace ya un tiempo salieron a la palestra ciertas caricaturas (de Mahoma – ¿lo recordáis? -) que exaltaron los ánimos de un sector de la población mundial. También nosotros, sin darnos cuenta, caricaturizamos muy a menudo cosas que son santas y consustanciales a nuestra fe. Una de ellas, por ejemplo, el sacramento del perdón.

Estamos tan acostumbrados a pensar y creer en un Dios misericordioso que consideramos poco menos que una antigualla que Jesús, en la persona del sacerdote, nos perdona (en nombre de Cristo) y nos deje con las entrañas de la vida cristiana, limpias y relucientes “como una patena”.

Nos miramos tanto a nosotros mismos que, olvidamos que aún estando bautizados, también quedamos paralizados (o somos paralíticos) por egoísmos e individualismos, violencia e indiferencia, incredulidad o apatía que nos dejan clavados en la camilla de la mediocridad. ***¿Por qué nos cuesta tanto quitar las tejas de nuestro orgullo y bajar hasta ese Jesús que nos dice: “¿tus pecados quedan perdonados”? ¿Por qué nos cuesta tanto empujar “las camillas” de otras personas para***

que se acerquen y conozcan a Jesús de Nazaret? Porque, es bueno recordar (en el contexto eclesial que nos encontramos) que “empujar la camilla” es responsabilidad de todos y, no solamente, de los diversos agentes de pastoral.

El paralítico, aunque no lo indique el evangelio, volvió a una vida totalmente nueva. Cuando, también nosotros, nos acercamos al sacerdote y le hacemos conocedor de nuestras fragilidades y miserias, sería bueno pensar que nuestra conciencia se adereza, el alma resplandece con más transparencia o nuestro corazón se fortalece por la fuerza del Espíritu que actúa en aquellos que buscan a Dios con sinceridad.

¡Todos somos o estamos un poco paralíticos! :

- Pidamos al Señor que, además de sanarnos (la fe también cura) sintamos esas ganas de volver a la gracia de Dios mediante el sacramento de la penitencia.
- Pidamos al Señor que, para poder seguir caminando, nos haga descubrir que no todo lo hacemos bien, que no siempre en las veinticuatro horas del día, actuamos con coherencia cristiana que no, invariablemente, vivimos ligeros de equipaje sino soportando toneladas de trastos inservibles que nos bloquean y nos dejan postrados en la insatisfacción o en el egocentrismo.

*Señor, cúrame, pero sobre todo...
hazme ver y regresar de caminos equivocados.
Y, si quieres, también del pecado.*

*Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.*

SOY PARALITICO:

Cuando vivo como si Dios no existiera.

Cuando camino por sendas que me alejan de la verdad.

Cuando no desciendo hasta la gran oferta que Cristo me hace.

Cuando pienso que, el pecado, es cosa que ya pasó.

Cuando contemplo a Jesús como líder

pero olvido el Reino de Dios que me trae.

Cuando me fijo en los milagros y omito el mensaje de Jesús.

Cuando sigo lo espectacular y no miro el interior de mi persona.

Cuando me reservo el don de la fe y no la hago pública.

Cuando callo ante los que se oponen a la evangelización.

Cuando hago caricatura de lo mío y defiendo lo de los demás.

Cuando se mofan de mis sentimientos y no salgo en su defensa.

Cuando se confunde tolerancia con burla de lo religioso.

Pero, dejaré de ser paralítico,

cuando aprovechando tantos momentos de gracia que Jesús me da (la eucaristía, la oración, la reconciliación, la contemplación, la caridad, etc.) vaya de nuevo a la vida con la sensación que en algo El me ha cambiado y que, además, he empujado a los demás a dar un giro en sus vidas por el encuentro con Cristo.